

importancia en la etapa actual del imperialismo—, continúa, en cierta forma afina, su análisis del tema, expuesto ya, a través de una abundante obra publicada en artículos, ensayos y libros, algunos de los cuales de gran éxito en ventas (por ejemplo *Para leer al pato Donald*, del que es coautor Ariel Dorfman y que alcanzó seis ediciones en española, en sólo año y medio).

Esta obra tiene la virtud de ir más allá, de lo que su título sugiere, y con generosa documentación, obtenida gracias a muchos años de investigar el asunto, Mattelart nos muestra inobjetablemente, las relaciones íntimas, indisolubles, estructurales, entre los detentadores del “poder político, poder económico y poder militar” en la nación imperialista por excelencia: los EUA.

Desde las primeras páginas, el autor sitúa el tema en su verdadera magnitud, escribiendo: “que no se nos haga el reproche de elegir el punto de vista particular de la comunicación para desbrozar una estructura de poder. Toda estructura de poder es total y es precisamente esta totalidad la que demuestra la intimidación entre la infraestructura económica y los factores superestructurales. Una prueba más que la comunicación no es sino un problema político”. (p. 10).

Y esta afirmación va siendo sustentada paso a paso, con cifras, nombres y otros datos que demuestran las conexiones de los grandes propietarios de los medios de comunicación masiva con los industriales y banqueros (“la

*American Telephone and Telegraph* [...] integrada verticalmente con su firma subsidiaria *Western Electric* [...] provee, junto con su otra división, los *Bell Laboratories*, a su vez relacionados íntimamente con la *ITT* (propietaria de la *Bell* de Bélgica y del *Zaire*), más del 80% del equipo de telecomunicaciones de Estados Unidos. Controla los salarios y condiciones de trabajo de 880 mil empleados y obreros. En 1970, las ventas de todas las divisiones ascendieron a la suma de 16954.9 millones de dólares” [...] y la *ATT*; a su vez, es controlada por el grupo *Morgan*, quien “es el dueño de la totalidad de los activos de la *Coca-cola*; posee 1/3 de la *General Motors*, 1/3 de la *Kennecott Cooper*, 1/2 de la *Gillette* [...] etcétera, etcétera” ([pp. 53-58]), de éstos con los militares y el gobierno de los EUA (“*El presidente de la RCA no es otro que el general Sarnoff. El director de la agencia de publicidad McCann Erickson fue jefe de espionaje militar en Turquía*”). [p. 97] y, desde luego, de todos ellos con las burguesías “nacionales” de toda América Latina.

Así, con gran conocimiento de causa, Mattelart hace una revisión general de los satélites de comunicación, sus usos civiles y militares, los propietarios y pioneros de la más avanzada tecnología de las comunicaciones (“los propietarios exclusivos de este poder determinante sobre el desarrollo de las nuevas tecnologías, son cuatro grandes corporaciones: la *ATT* [*American Telephone and Telegraph*], la *ITT* [*International Tele-*

### Manipulación ideológica y explotación \*

En este libro —de hecho la primera edición, puesto que una anterior, de Ediciones Universitarias de Valparaíso, Chile, se produjo para “consumo interno” de ese país—, Armand Mattelart, in-

vestigador del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) y quizá, el autor que, en América Latina, mayores esfuerzos ha dedicado al estudio de los medios de comunicación masiva —y su

\* AGRESIÓN DESDE EL ESPACIO. CULTURA Y NAPALM EN LA ERA DE LOS SATÉLITES, Armand Mattelart, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, segunda edición en español (“para todos los países de idioma español, excepto Chile”), enero, 1973, 200 pp.

*phone and Telegraph*], la RCA [Radio Corporation of América] y la General Telephone and Electronics [GTE]. Junto con otros gigantes como la IBM, la Westinghouse, y la General Electric, son los pilares de la industria electrónica y de telecomunicaciones en plena expansión"; desentraña las redes que, gracias a ellos, los grandes consorcios de la radio, la prensa y la televisión —a través de las cadenas NBC, ABC y CBS— tienden, comercial e ideológicamente, alrededor del globo. Desmascara las estrategias y tácticas de la "agresión cultural masiva", que el imperialismo pone en práctica en América Latina, en su afán de mediatizar las luchas revolucionarias cuando escribe: "lo que busca el imperialismo es que todo suceda como si la compra y el consumo del producto cultural establecieran una distancia entre el comprador y el objeto que adquiere, como si la cita con este producto fuera casual, momentánea y reservada a una función específica: la de amoblar su tiempo libre, una fracción de tiempo vital." (p. 172) o, en otra página: "Para enmascarar la función contrarrevolucionaria que ha asignado a las tecnologías comunicativas y por ende a su cultura de masa, el imperialismo ha elevado el aparato comunicativo al rango de agente revolucionario y el fenómeno moderno de la comunicación al rango de revolución". (p. 167).

Pero, a pesar del lugar preponderante que los medios masivos ocupan en la estructura actual del imperialismo, reconocidos por los mismos "ejecutivos" de las grandes corporaciones, como determinantes en la lucha por la conservación de la hegemonía imperial, (como en la cita que hace Matelart de una declaración del General Sarnoff, presidente de la RCA en el sentido de que "*El predominio en el espacio y en las comunicaciones, que es una de las llaves para dominar el espacio, se traduce hoy día en el predominio político, militar, económico y social sobre todas las naciones del mundo*". [p. 165]) el autor nunca pierde la verdadera dimensión de la lucha revolucionaria, no cae él mismo en la atrayente trampa del fetichismo de las comunicaciones, y afirma: "los circuitos de mano a mano, de boca a boca del movilizado pueblo vietnamita resultan más eficaces que las redes comunicativas instaladas por la ITT y que los satélites militares que aseguran la transmisión de las órdenes del Cuartel General de Saigón a cualquier MARINE en Da-Nang, Quang-Tri, Kontum o Hue." (p. 12).

No podemos más que estar de acuerdo con nuestro autor, en esa aseveración, y en general con las tesis centrales de esta obra, recomendando ampliamente su lectura. VÍCTOR BERNAL.